

EL CUERPO, INTERMEDIARIO ESPIRITUAL

Francesc Bononad i Brines

Universitat de València, España
cavallermigpartit@yahoo.com.mx

*Obri les mans i toca. Pren-ho tot
lentament. Acarona flanc a flanc
la vastitud d'allò petit i fes
suau la línia amb un ensurt
a les palpes. Després, mesura a pams
la grandesa del centre. Que n'és dolç
i tan tendre el perfil més amatent
de les corbes silencioses! Quant
de gest demora l'ansia al dibuix
quan s'alça amb forma de festeig! Així,
com més a poc a poc, la passió
del prohibit deixata tots els vels.
L'interior es torna pell, acull
la superfície perfecta: atzar
reclòs en si mateix, inici i goig.
Obri les mans i toca. No té fi
l'antiga silueta de les coses.¹*

Isidre Martínez i Marzo,
Elogi del tacte

Breve arranque

Días de ruido y furia. En ninguna época de la historia humana ha sido la vida tan ruidosa como ahora. En nuestros días la vida suena y truena como nunca; atesta las calles, las plazas públicas, los lugares de trabajo, y se nos cuela en casa a través de las distintas ventanas que mantenemos abiertas.

¹ Abre las manos y toca. Tómallo todo / lentamente. Acaricia flanco a flanco / la vastedad de lo pequeño y haz / suave la línea con un sobresalto / a tientas. Después, mide a pamos / la grandesa del centro. ¡Qué dulce es / y tan tierno el perfil más solícito / de las curvas silenciosas! ¡Cuánto / de gesto demora el ansia al dibujo / cuando se alza con forma de cortejo! Así, / cuanto más poco a poco, la pasión / de lo prohibido disuelve todos los velos. / El interior demuda en piel, acoge / la superficie perfecta: azar / recluido en sí mismo, inicio y goce. / Abre las manos y toca. No tiene fin / la antigua silueta de las cosas.

(La traducción al castellano es mía).

Nuestro vivir actual es un vivir extravertido, *transparente*, arrojado fuera de sí al aire libre de la publicidad; un modo de vida que prefiere antes lo público que lo privado.

Vida pública y vida privada

En opinión de García Morente, *nuestra vida* es radical, esencialmente la de cada ser humano, la de cada individuo, la de cada persona, un proyecto que se realiza en el tiempo y que, al mismo tiempo que se hace, se proyecta. Ésta, sin embargo, es la que propiamente llamamos *vida privada*, para distinguirla de la *pública*, cuyas formas comunes y mostrencas, siendo de todos, no son en verdad de nadie y con más justedad constituyen la costra, el corriente ropaje bajo el cual se esconde el auténtico vivir, que es íntimo e individual. Por debajo de la corteza exterior que lo colectivo, lo social han criado sobre la auténtica personalidad, por debajo de la vestidura ordinaria con que públicamente nos movemos por el mundo, asoma el yo íntimo, la persona que somos; “y por esa abertura —dirá García Morente— podrá ahora deslizarse [...] un nuevo tipo de relación que ponga en verdadero contacto las dos personas vivientes. Tal es la relación privada”².

La relación privada se funda en un mutuo *conocerse*, esto es, en una manifestación de lo interior y peculiar, de lo genuino y exclusivo, de lo íntimo en suma. Conocer a una persona vale tanto como tratarla y, por consiguiente, implica reciprocidad de trato. *Conocer a una persona* no significa saber qué *cosa* es esa persona, la estructura, situación y conexión de las diferentes partes de su cuerpo, su entramado nervioso, psique, profesión, función, etcétera, sino qué hay tras la envoltura *natural* y *social* en que la auténtica personalidad vive. No obstante —como mantiene García Morente— es imposible conocer —en el sentido de saber la esencia— a la verdadera persona:

Ese trato o comercio mutuo que designamos con el término de “conocerse” no será, [...], ciencia, conocimiento, saber. No será relación cognoscitiva, sino más bien intuitiva, directa, viviente. Por eso justamente el

² Manuel García Morente, *Ensayo sobre la vida privada*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1972, p. 14. Este ensayo apareció originalmente en los números de enero y febrero de 1935 de la *Revista de Occidente*.

"conocerse" es trato y comercio y no definición por conceptos. La persona, el último fondo intransferible de cada vida, es estrictamente individual. No puede ser conocido; no puede ser reducido a conceptos. Sólo puede ser intuido, penetrado por acto directo, por contacto directo de vida a vida.³

Conocer a una persona no puede ser lo mismo que *conocer una cosa*. La persona, es verdad, tiene por fuera mucho de cosa natural; dispone de un cuerpo con una anatomía y fisiología perfectamente cognoscibles; tiene un alma con unos fenómenos psíquicos que igualmente pueden estudiarse; cuenta, también, con una estructura o mentalidad colectiva conocida, porque repite la de todos los hombres de un tiempo y de un lugar; es, en fin, profesor, médico, camarero, conductor de autobús, funcionario de la Administración, ciudadano, vendedor, comprador... *Conocer la individualidad personal viviente* como se conocen las cosas, es decir, reduciéndola a conceptos genéricos, sería tanto como quedarse en la superficie. "La individualidad de la persona es sujeto único, es aquello *para quien* existe un mundo, su mundo; es, pues, lo que crea y produce el acontecer de su vida; es lo que hace la vida, y haciéndola, se hace a sí misma"⁴. Por todo esto, la única manera de arribar más o menos a ella es penetrar en ella. Y para entrar en ella no hay otro modo que *convivir*.

Amor adúltero por intromisión del cuerpo

La forma más acendrada y perfecta de la "relación privada" —que no de la "vida privada"— sería, según García Morente, "la total compenetración de dos almas"; o lo que es lo mismo: el amor. El amor, afirma, es la confluencia de dos vidas que se unen con el ánimo de fundirse en una sola. El amor aspira a la más perfecta e integral compenetración de los amantes. Su fin es la confusión completa de las dos vidas. Con todo, este objetivo —la desaparición de los lindes que separan el yo del tú, la integración de los enamorados en una absoluta identificación— es inalcanzable; las almas son en absoluto impenetrables. La anhelada comunión total y exclusiva de los amantes contraviene en su raíz misma la esencia de la vida. La vida es

³ *Ibidem*, p. 25.

⁴ *Ibidem*, p. 26.

individual, tarea personal e intransferible. Hay en el amor algo de agonía, de contienda en la que cada uno de los litigantes asedia el reducto de la personalidad del otro, con afán de instaurar una *comunidad íntima* universal. Pero esto es imposible, pues, repetimos, “la individualidad viviente es impenetrable”. Los amantes, al final, no pueden vivir —ser— el uno *sin* el otro, tampoco, empero, el uno *con* el otro. *Ni contigo ni sin ti*. En esto reside, al parecer de García Morente, la tragedia que palpita en todo amor, que si es verdadero tiene que acabar en suicidio de dos, única forma de lograr en la nada de la muerte esa absoluta fusión imposible de alcanzar en vida.

Al amor en tiempos de ruido y furia amenaza la temible invasión de lo público. Cuando la publicidad irrumpe en relaciones que son privadas por esencia, esto es, que no pueden por menos de ser privadas, las *falsifica*⁵. En el amor se introducen elementos procedentes de lo que en nosotros es naturaleza, cuerpo, cosa, de suerte que resulta mendaz como forma de vida privada, una impostura con apariencia de verdad, en la que el meollo no es ya la auténtica inserción de las almas, de las vidas en el vínculo sino otra cosa. Este *falso amor* parece ser, para García Morente, el amor sensual, físico, pseudoamor de conductas estereotipadas, auténtica mecánica de la procreación y del disfrute. Nuestro juicio se corrobora —creemos— con el remate del filósofo español a su *Ensayo sobre la vida privada*:

Nos contentaremos con nombrar las alteraciones, que la falsificación subrepticamente introduce en sus fines, sus condiciones y su ejercicio. [...]. El fin del amor, que es la fusión de dos vidas en una sola, se falsifica convirtiéndose en velo que oculta el afán de deleite; la confidencia [ejercicio del amor] se transforma en cinismo y la dilección [condición del amor] en máscara del capricho; y el amor en conjunto se hace “erotismo”.⁶

⁵ Los efectos de la publicidad sobre la vida privada se dividen, de acuerdo con el criterio de García Morente, en dos grupos. Cuando la publicidad invade formas radicales de la vida privada (la amistad, el amor y la soledad), las *adultera*. Cuando invade relaciones que son privadas de hecho, pero no por esencia, las quiebra y *anula*, transformándolas en públicas (verbigracia un museo de arte: una colección de objetos artísticos que tuvieron en principio su dueño, su persona, su recinto propio, y que ahora quedan expuestos al examen de todos, de nadie, pues, despersonalizados, descoyuntados de la vida auténtica). A este respecto, véase *op. cit.*, pp. 51s.)

⁶ M. García Morente, *op. cit.*, pp. 54s.

El cuerpo, herramienta para la fusión

Si para el maestro el cuerpo, la naturaleza se entremete en la trayectoria del amor hacia su término ideal, y lo corrompe, para el discípulo, para José Gaos, "los espíritus no podrían *fundirse*, más que *relativamente*, por *medio de la carne*. La carne, los cuerpos, nuestros cuerpos, serían los afables intermediarios de la comunicación, los amables instrumentos de la relativa fusión de nuestros *espíritus*, es decir, de *nosotros*"⁷. Afirma Gaos, además, que dicha comunicación espiritual, esta relativa fusión de los espíritus a través de la carne —ésta *nuestra* comunicación—, es lo que sería la intimidad. Espíritus, *personas* entre sí incomunicables que comercian por mediación de la carne, del cuerpo. Si para García Morente la intromisión del cuerpo humano viciaba la imposible meta del amor —amén de falsear su condición y ejercicio—, para Gaos su concurso es necesario a fin de establecer la intercomunicación deseada.

La intimidad espiritual se incoa con el contacto sin apretura, de manera que la materialidad inicial es mínima. "*La carn vol carn*", que canta, y bien, el poeta, pero para el amor espiritual la carne blanda, tibia, ha de rozar suavemente, parsimoniosamente, esas protuberancias que son las yemas de los dedos. En la caricia se expresa un amor que no es el sexual, un amor adaptado a la carne de los seres humanos, ese amor que es el cariño. El otro y su mundo se nos vienen a las manos en las yemas de los dedos. Las yemas, que son la esencia de los dedos, su mejor forma de ser ellos mismos. Sin las yemas, los dedos, la mano, tiene alguna cosa de mera extremidad, de soporte incompleto, de obra sin final. Sin las puntas de los dedos, estos supondrían —y suponen— una herramienta provechosa, pero no el suceso extraordinario y maravilloso de poner línea indirecta entre espíritus entre sí incomunicables. La caricia, nos dice Gaos, está hecha para la carne tierna, para la ternura, para el diálogo perezoso entre carnes lisas y blandas que se expresan libremente y hablan de un amor espiritual. Manosear, sobar, achu-char, estrujar...es hablar de otra cosa, hablar preci-

⁷ José Gaos, "Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo", en José Gaos, *Ideas de la filosofía (1938-1950)*, en *Obras completas*, vol. III, México, U.N.A.M., 2003, p. 172. Este texto aquí citado consta de cinco conferencias impartidas en la Universidad de Nuevo León, México, en 1944.

pitadamente, engastando una carrocería en otra; acariciándose, la suave carne de la mano (de uno) se encara con la suave carne (de otro), penetra y cocina a fuego lento el milagro de la intimidad:

En la caricia, la intimidad espiritual se inicia también con el contacto, pero es ya un contacto sin apretura; la materialidad inicial es ya mínima; se intensifica en el temblor del temor púdico a la impudicia del ahondamiento infinito, que ya no es nada material; y, por fin, también ella alcanza su ápice en la fusión de las tibiezas, *de las tibiezas*: en la intimidad espiritual, la temperatura de fusión es baja: el espíritu se funde ya a temperaturas medias, porque es inmaterial, de suyo fluido, volátil, cálido, *fervoroso*.⁸

Aunque el tacto pertenezca a toda nuestra piel, el tacto que no se efectúa mediante las yemas de los dedos resulta, con arreglo a Gaos, menos propio. Se diría que es un tacto que el mundo nos facilita, y no un tacto que nosotros nos proporcionamos a voluntad. Aquello que nos roza la cara, por ejemplo, no es lo que rozamos o acariciamos a capricho; en cambio, la parte de la vida que cobra vida en los dedos de la mano existe por nuestro propio consentimiento. Y es que la voluntad de *con-fusión* espiritual se manifiesta en los extremos internos de la mano. El cuerpo, la carne se requiere, pues, cuando se trata de construir un espacio privado, un territorio de común intimidad:

La caricia [...], *crea* un ámbito, un recinto de intimidad. [...] En toda caricia hay intimidad de intimidades, *evasión* de la intimidad propia, invasión en la intimidad ajena, en el seno de la intimidad común.⁹

En toda caricia hay una inmersión, una desvergonzada transgresión de límites en busca de la patria dual.

Plomo y lastre para el vuelo espiritual

La mano puede ser reducida a pinzas, arma o bastón, sin embargo, con las yemas de sus dedos al frente, constituye la puerta del espíritu, la superficie donde posarse antes de emprender vuelo. La carne es plomo y lastre necesario para que el espíritu se eleve. Cachazudo deslizo mi mano

⁸ *Ibidem*, p. 162. La palabra en versalita está así escrita por el propio Gaos.

⁹ *Ibidem*, p. 161.

por la superficie de un cuerpo que se brinda en amor, y se eriza entera la piel de lo visible, de lo natural, y asciende por el puente transmigratorio de las yemas, la energía que bombea el corazón invisible de la materia¹⁰. "La carne humana", con todas sus notas genuinas (vida, ternura, suavidad, tersura, tibieza), "está hecha para la caricia", y al llamado de aquella ésta acude. En ocasiones, hondo hacia lo oscuro, sigo, por qué negarlo, la senda ardiente con que un cuerpo se ofrece en el amor, y es entonces cuando cobra su veraz anatomía, su alada pesantez. ¿Qué son, empero, estas caricias que se insertan en el camino del amor sexual, amor físico? Gaos no alberga dudas: "complicaciones, requilorios morosos", "*un ingrediente extra o suprasexual*", interpolaciones expresivas de un amor espiritual.

Por las yemas de los dedos parece disolverse la impenetrable dureza del otro, su renuente estar en la feraz ribera de enfrente, y nuestra aventura, nuestra lenta exploración se torna una comunión más clara y profunda. Podemos, visto lo visto, recorrer contornos, leer en braille y sentir únicamente un conjunto de formas complejas que accidentan la superficie; o bien, podemos hablar en braille con todo lo que pesa y puede volar, con todo lo que ocupa un lugar, con todo lo que abulta y fluye. En la caricia, la mano no se despega de la carne acariciada, antes persigue su contacto, pero es un contacto suave, tímido, fugaz. Ocurre que la separa, que tira de ella el espíritu. De esta manera, asistimos en la caricia al "espectáculo único, pasmoso, del espíritu *en trance de* independizarse, o purificarse, de distanciarse del cuerpo, de la carne"¹¹. La caricia, prosigue José Gaos, es la mayor prueba de que en nosotros, además de un amor sexual, un amor de *orden natural*, hay un amor de otro orden, *sobrenatural* pero no *sobrehumano*. La caricia nos permite trascender sin salir de los hitos naturales ni desligarse de ellos. El cuerpo, nuestro cuerpo no es, pese a lo que de ordinario se dice y piensa, el escollo aislador de nuestro espíritu.

¹⁰ La caricia propia y plena exige sincero ofrecimiento y correspondencia. En caso contrario, escribe Gaos, "la caricia cae, como hoja muerta que no encuentra en qué posarse, verdadero cadáver de caricia". *Ibidem*, p. 166.

¹¹ José Gaos, *op. cit.*, p. 170. Cursivas mías. Destacamos que dicho espectáculo sólo puede ser presenciado en el punto o instante en que se inicia, no donde ni cuando ya está consumado.

